

## CARTA ABIERTA

La justificación de esta carta se halla en su propio contenido, sin necesidad de previas explicaciones. Será o no leída; en todo caso, como militar español cumplo un deber al redactarla, dirigiéndome por primera vez a los catorce años de exilio a quienes en la guerra fueron mis adversarios, para poner de relieve la responsabilidad contraída desde el 26 de Septiembre.

Quiero ser claro y explícito, cualesquiera que sean las consecuencias, y comienzo por decir que esa fecha la veo grabada en nuestra Historia como un baldón para España, porque el destino de nuestro país se ha puesto en manos del enemigo más tenaz y felón de cuantos nuestra Patria ha podido tener; del principal causante de nuestra secular decadencia política y de nuestras crisis económicas; del que alentó y alienta la destrucción de la calidad espiritual del hombre español en el mundo; del que mantiene maniatadas e intervenidas a diecinueve nacionalidades vigorosas que forjó España y que ganaron justicieramente su emancipación, y del que en una guerra inmoral e inicua incorporó a su metrópoli los restos de nuestro patrimonio, pese a la ejemplaridad del sacrificio de los héroes de Cavite, Santiago de Cuba y Balser.

No hago literatura; sólo dejo expresarse con absoluta sinceridad a mis ideas y sentimientos, rompiendo un silencio que me impuse hace 17 años, porque así lo exige la gravedad del momento actual.

España ha sido incorporada al fichero del Pentágono con el número 40; es un trozo de papel, una pieza más, a manejar por unos militares negociantes, sin escrúpulos y sin alma. Pero quienes aun creemos en la calidad espiritual del hombre español sabemos que está ausente del mecanismo frío de cualquier mueble y que ha de vibrar a la hora de la prueba situándose ante el Deber de reconquistar a su Patria.

Desde la lejanía de ella en que nos situó el destino así lo entendemos, y a él nos consagramos para cumplirlo desde hoy sin convencionalismos, y así sabremos legarlo a nuestros hijos.

Situado ya ante ese Deber, pregunto:

- A los militares: ¿Cómo no han comprendido aún que han sido y son engañados por las oligarquías que secularmente vienen manejando a España, y que su patriotismo, tan impulsivo como sincero, fue explotado ayer para escalar el poder y es explotado hoy para conservarlo, a costa de la hipoteca de España que aquellas oligarquías acaban de realizar?
- A los intelectuales: ¿qué concepto tan pobre les merecen el destino y la cultura de España, para seguir dando vida a la falsa "Leyenda roja" y poner servilmente el fruto de su pensamiento en halago de otra cultura "standardizada" que envilece a la de los españoles?
- A las mujeres de España: ¿Cómo no han reaccionado aún con la misma indomita voluntad que lo hicieron en toda nuestra Historia, cuando se trató de imponer una grave humillación para sus hijos, como la que representa el vasallaje a que hoy se les condena?
- A la juventud estudiosa: ¿Cómo es posible que se perpetúe su ceguera mental y su pasividad ante la realidad del sojuzgamiento del suelo y del hombre español?
- A los religiosos: ¿Cómo explicar que la masa sacerdotal española de origen humilde y la única fuerza rectora a la que hoy llega el hondo sentir de sus compatriotas, se mantenga ajena a la reacción espiritual de su pueblo? ¿Y qué aquella masa -que sirvió de modelo al mundo con su saber y, frente a la corrupción, dio ejemplo de rebeldía con una Santa Teresa de Jesús, un Fray Luis de León, un Padre Vitoria, un Padre Suárez y un Cardenal Cisneros, y que brilló con la obra del Padre Las Casas defendiendo la justicia y la libertad para los humildes- se someta hoy a los



jerarcas de sectas destructoras del catolicismo que están importando en España credos llamados a destruir las raíces morales de la masa social ya minadas por la hipocresía y la ficción religiosa de las oligarquías?

- A los obreros y campesinos: ¿Cómo no han negado aún su colaboración y el fruto de su trabajo a quienes descaradamente invaden España para explotarlos hoy y sacrificarlos mañana?

- A los aristócratas: ¿qué se ha hecho del espíritu de la nobleza española, capaz hoy de aceptar, como lo hicieron los afrancesados de 1808, el atentado contra la independencia de España?

- Al pueblo español: ¿Cómo un pueblo tan vigoroso y digno como el nuestro, no ha reaccionado ya con su indignación callada o ardiente, pero pública, ante las previsibles consecuencias del Pacto?

- A los mandatarios actuales: Si realmente inspiran su obra en un patriotismo de que vienen blasonando durante 17 años de ejercicio del poder sin oposición; ante la esterilidad de sus obras que, eludiendo toda ficción, se hace patente en el fracaso de sus lemas, de sus esfuerzos constructivos y de sus promesas; cuando se pulsa la inhibición y el escepticismo del hombre español, y la ruina espiritual y material a que la sociedad española ha llegado se testimonia diariamente a pesar de la propaganda dentro y fuera de España, ¿no creen llegado el momento de que la voluntad de nuestro pueblo se exprese libremente y que la conciencia nacional, sin tutelajes ni mandatos tiránicos, pueda dar rumbo y destino a la nación española, en este tiempo en que todos los pueblos se hallan frente a la sombría perspectiva de la guerra?

- A mis camaradas de emigración y exilio: ¿No consideran llegada la última oportunidad para poner fin a las discrepancias personales y partidistas? El problema planteado por su significado nacional, histórico y humano, y por su trascendencia belica o pacífica, en lo que al destino de nuestra patria se refiere, exige desviarse de las pequeñas y convencionales cuestiones que han sido motivos de discordia y anteponer a todos y por todos el problema nacional, porque ya no se trata de dirimir pleitos de régimen político, ni de disputarse el poder, sino de velar por la vida de España como Estado soberano. Nadie tiene el derecho de imponer programas ni credos ideológicos y partidistas, y para todos se alza el Deber de acatar el mandato de la voluntad nacional. Exigir que ésta se pueda manifestar libremente es lo esencial, e impedir las componendas -que no han de faltar- para que la soberanía siga en manos de fuerzas secretas, es indispensable para que la solución a la crisis grave que el Pacto ha planteado no sea resuelta perpetuando la farsa de nuestra conducción política. A la conciencia de los dirigentes dejó planteada esa cuestión, tal vez la que sigue en gravedad a la del Pacto, porque a ella va ligada la Guerra o la Paz interna e internacional.

Por cuanto creo que esas reacciones son necesarias y posibles; porque admito que se pueden llevar a cabo sin convulsiones sociales, revoluciones, guerras ni caos; por estimar que la perpetuación de errores va a llevar inexorablemente a nuestra patria a la bancarrota; por saber positivamente que ese pequeño río de dólares que la usura internacional hace desembocar en la tierra española, no ha de servir para fertilizarla, sino para maniatarla más, corromperla, multiplicar las necesidades, e intervenirla convirtiéndola en la mejor base que la ambición yanqui podía lograr para avanzar hacia su meta de dominio del mundo por la destrucción de los soportes de nuestra civilización y el control militar de todos los pueblos; por todo eso y mucho más que la discreción obliga a callar, no he dudado en plantear aquellas interrogantes.



Yo sé que el Pueblo Español, empujado por la mentira y el odio, ha caído en la indiferencia. Pero también sé que no ha muerto. El rescaldo de su virilidad no se ha extinguido y el sentido de la responsabilidad histórica y del honor patrio aún anidan en la masa española.

Por eso me he dirigido a todos los focos de la actividad nacional, y no para suscitar una rebelión de la que sólo podrían sacar fruto las mismas oligarquías que hoy manejan el poder, u otras que de él pudieran adueñarse, sin que nuestros males tuvieran remedio; sino para despertar la conciencia nacional y alumbrar con la verdad escueta y clara el cauce en el cual la comunidad de pueblos españoles pueda desenvolver sus justas aspiraciones sin verse dividida y pulverizada y sin sentirse sometida a poderes extraños.

Los militares españoles, cuyas virtudes conozco porque yo también lo soy, sé que no pueden respaldar este nuevo crimen histórico. Por eso me dirijo a ellos en primer término y lo hago serenamente, pero también sin abandonar mi posición, ni claudicar de mis convicciones ni de mis obras. Tampoco trato de incitarles a la revuelta, ni predicar la guerra, la persecución o la venganza. Tal vez sin saberlo y sin poder apreciar las consecuencias, fueron el mejor soporte de las oligarquías y lo son hoy del régimen; pero un nuevo Deber se alza ante ellos: El de impulsar la resurrección de la calidad nacional y empujarse en la reconquista de España.

Los militares españoles saben mejor que nadie:

- que España ha sido innecesariamente amarrada al carro de uno de los poderosos;
- que se la convierte en la primera víctima de la nueva guerra;
- que ningún interés nacional de índole espiritual, material o económico, se ventila para España en la bárbara conflagración que montan los imperialismos dispuestos a avasallar el mundo;
- que el poderío estratégico, inmenso hoy y más grande que el de cualquiera otra potencia europea, ha sido traspasado a otro poder que no es el de España, y que de ese traspaso pueden aparecer en un día no lejano otros Gibraltares;
- que si ayer había un peligro remoto de destrucción por la URSS, hoy ese peligro es cierto y doble, porque a las bombas soviéticas seguirán, y con mayor saña, las de los yanquis.

Ellos saben también, mejor que el hombre sencillo, que la G.M.II. pudo abrirse arbitrariamente por el hecho de haber triunfado en España los imperialismos que en ella asumirían el papel de agresores, y que de igual modo la G.M.III. está más próxima desde que, por la firma del Pacto, se ha multiplicado la potencialidad de uno de los imperialismos que aspira a ver defendidos sus negocios por sus propias víctimas.

Saben igualmente que España no necesita ir a la guerra y que por sí sola constituye el fiel de la balanza que puede impedir la.

Y saben, en fin, que ha de ser el Mediterráneo el objetivo decisivo en esa nueva guerra, y que sólo por la sumisión de España se ha convertido desde el 26 de Septiembre en un lago donde las fuerzas yanquis, históricamente ajenas a ese mar, han tomado posesión del mundo antiguo por la voluntad omnipotente de Wall Street.

A todos les pido que consulten a sus conciencias y actúen según ellas les dicten; que tengan el valor de eludir la mentira, la ficción, el odio, las bajas pasiones, la ambición de poder y la servidumbre a las oligarquías que los manejan; y, en fin, que tengan la resolución de anteponer la lealtad que se debe a los principios, a la que se presta a las personas, y el deber que de manera accidental y a veces arbitraria emana de la política, a los deberes eternos que provienen de la Patria y,



esencialmente, del Pueblo, de donde todos hemos salido para dar vida y fecundidad a eso que antes de que Jesucristo encarnara a nuestro Dios ya se llamaba España.

Ese deber permanente e histórico no admite acomodación política según soplen los vientos de Berlín o de Londres, sino los de España. Las grandes mentiras con que las oligarquías levantaron y sostienen el tinglado de la farsa que ha venido engañando al mundo y a los españoles durante tantos años, han soplado según todos los vientos, barriendo y desfigurando el limo de la voluntad española, pero han dejado en pie unas verdades que nadie puede abatir, que expresan el fruto de los errores, y que son estas:

- Un millón de muertos;
- el hambre;
- la corrupción;
- el terror;
- la destrucción de la calidad del hombre español; y
- el vasallaje político y la esclavitud económica de un pueblo de grandeza milenaria.

Los vientos del imperialismo que ya ha hecho de España con el poder del oro su última presa, están aventando por el mundo nuevas mentiras y levantando otras ficciones. No se debe tener los ojos cerrados ni cegada la conciencia, porque esos vientos van a llevar a nuestra Patria a una indignidad que supera cuanto pueda concebirse: Mentira es lo de la ayuda, lo de la protección, lo de la defensa de la paz y lo del anticomunismo, porque cinco años de guerra, y ocho de postguerra han hecho patente la falsedad con que esos tópicos se han desenvuelto.

Para los españoles el Mal ha comenzado ya, pero no es irremediable. Su reparación no ha de venir por el camino de los amagos seculares de la política, ni por el de nuevos pactos, entre derechas e izquierdas, entre religiosos y laicos, entre republicanos y monárquicos, entre comunistas y capitalistas, entre burgueses ricos y pobres, entre aristócratas y plebeyos, sino por el vigoroso resurgir de la conciencia nacional sin mixtificaciones partidarias ni inspiraciones foráneas, y por la Unidad ampliamente comprendida y sentida.

Un nuevo motivo de discordia viene a acentuar la división de los españoles: los partidarios del Pacto y los adversarios del Pacto. No necesito decir que estoy entre los segundos porque no nací con alma de esclavo y porque nada puede forzar mi voluntad a servir intereses y aspiraciones que son la negación de los de mi Patria.

Ese nuevo error nos hará dar un nuevo salto hacia el derribadero de la historia, por la misma vía y con idénticos impulsos que se vienen empleando en todo el proceso de la decadencia. Por eso me pregunto como es posible que haya millones de españoles que no lo perciban y traten de impedirlo, y por eso es necesario hacerselo ver llamando a sus conciencias, haciendo que rompan la tutela servil de que son víctimas a las oligarquías internas o foráneas, para forjar la unidad de manera coherente y fecunda, en torno a nuestro pueblo del cual es evidente que, si la situación no cambia, ha de salir a corto plazo el nuevo alcalde de Mostoles o el nuevo Pelayo, llamados a iniciar otra guerra de siete años o de siete siglos.

Mientras esa voz se levante, tengamos agallas para proclamar ante el mundo por nuestra propia cuenta y la de los millones de españoles condenados al silencio, que el pueblo español no reconoce, ni respeta, ni cumplirá las obligaciones creadas por un pacto arbitrariamente establecido contra su voluntad y cuyas cláusulas, públicas o secretas, constituyen una hipoteca de su patrimonio nacional y de su destino histórico.



Pero, esto no basta. La palabra sólo es expresión del pensamiento. Hay que convertirla en acción y esta, desde el 26 de Septiembre, no puede ser otra que el ejercicio de la voluntad personal y colectiva abnegadamente aplicadas para alcanzar un objetivo común: La Reconquista de España para los Españoles.

No dudo que a estas horas, en otros lugares, dentro y fuera de España, también han emprendido esa misma empresa los verdaderos patriotas. ¿Cuántos son? ¿Dónde están? Nadie los manda, pero todos responden al mismo mandato espiritual. La meta es común. Los caminos convergentes. En ellos hemos de encontrarnos. No necesitamos lemas fanfarrones, ni banderas especiales, ni consignas secretas. Nos basta llevar a España en la mente y en el corazón y poner en juego nuestra voluntad impulsada por el grito viril de ¡VIVA ESPAÑA!

X X X

### Postdata

Esta carta no es un libelo demagógico, ni quiere ser hoy una declaración de guerra. Es un mandato de la conciencia española.

No va a difundirse de abajo a arriba, excitando la acción de los irresponsables, sino de arriba a abajo, impulsando la voluntad de quienes pueden y deben evitar la lucha intestina, la guerra y el caos.

Antes de que estos males lleguen, piensen las personas a quienes primariamente se dirige, que en sus manos y en su conducta está la posibilidad de evitarlos; y segun, si no lo hacen, que sobre ellos cae una responsabilidad histórica.

Tras el vergonzoso Pacto ya suscrito a espaldas del pueblo español, otros pactos no menos inmorales están fraguando con absoluto desprecio de la voluntad nacional, y el destino de España sigue negociándose secretamente como una vil mercadería.

Exige la dignidad nacional impedirlo. Para ello la dictadura actual debe caer urgentemente por la voluntad de los españoles y no por el poder de corrupción del oro yanqui. Y caerá, no para dar paso a un gobierno servil a los Mandatos de Washington, sino para que España renazca ejerciendo libremente su soberanía y el poder creador de su Pueblo.

Nuestra suerte está echada desde el 26 de Septiembre. En la reconquista de España no se puede dar un paso atrás. Yo pido a los españoles que sepan comprender su deber y que lo cumplan, en la Paz o con la Guerra y siempre con España y por España, con Dios y por Dios, con los humildes y por los humildes.

General Vicente Rojo



**REGIMEN DE FRANCO**

**CARTA ABIERTA DEL GRAL. ROJO A LOS ESPAÑOLES**

**10144**